

mar adentro

echamos las redes

CAMINO CONGREGACIONAL · MISIONERAS CLARETIANAS

Claves de lectura del texto:
Lc 5,1-11

Ricardo Volo cmf





“Mar adentro” Lc 5,1-11

Claves de lectura

1. Un fracaso providencial

Los episodios narrados en Mc 1,16-20 y Mt 4,18-22 evocan las primeras llamadas al seguimiento que el Señor dirige a un grupo de pescadores. Individuos que se convertirán en sus discípulos más cercanos. En Lc 5,1-11 la escena ilustra, de forma muy personal y sugerente, este crucial momento.

En Marcos y Mateo, Jesús se aproxima a los hombres de mar durante su trabajo cotidiano. Pero Lucas añade una circunstancia peculiar: la invitación del Maestro tiene lugar en circunstancias de fracaso y frustración: «...hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada...» (Lc 5,5).

Será un fracaso providencial. Pues, curiosamente, la pesca infructuosa y el afán estéril es para Jesús momento propicio para su desconcertante interpelación: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca» (Lc 5,4). Pedro, desconcertado y descorazonado, deja espacio a la confianza, aun cuando la razón, en su interior, parece juzgar la inutilidad del esfuerzo: «...por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5,5).

Todo es elocuente en el relato, y todos los detalles solicitan atención serena. Me permito dar algunas claves de interpretación que ayuden a tal propósito, antes de proponer una lectura contemplativa de estos versículos.

2. Geografía natural y paisajes del espíritu

Todo transcurre a orillas del lago o mar de Galilea. El lago de Genesaret, que Jesús recorre con sus discípulos en barca con cierta frecuencia para acortar desplazamientos entre aldeas marítimas, tiene una longitud de 21 kilómetros de norte a sur, y una anchura de 11 kilómetros. Se trata, pues, de una extensión de agua bastante grande, con una superficie total de 166 kilómetros cuadrados. Su profundidad es variable, llegando a ser de 45 metros en algún punto. Pero en la pluma de los evangelistas, en su característico lenguaje figurado, tal emplazamiento trasciende los parámetros de la geografía natural para evocar los paisajes del corazón y del espíritu humano.

En las páginas de los evangelios encontramos la memoria escrita de una experiencia de camino en grupo, tan particular como extraordinaria: la experiencia de camino trazado por Jesús de Nazaret junto a sus discípulos. Caminar siguiendo sus huellas significa compartir su estilo de vida. *Vivir con él y como él.*

Jesús es, a un tiempo, el *Caminante y el Camino*. Lugares, circunstancias y encuentros cobran, junto a él, un sentido profundo. Esta andadura nos adentra en experiencias humanas que atraviesan el océano de los siglos, para hablar al corazón del lector de todos los *tiempos*. Pues “el gozo y la



esperanza, las tristezas y las angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. *Nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón*". (*Gaudium et spes*, Proemio). Todo aquello que compone la topografía de los eventos deviene, en la literatura inspirada, prodigiosamente elocuente: el mar, el desierto, los montes, los llanos, las encrucijadas de los caminos...

En esta aventura, las travesías por el lago de Galilea guardan un específico y sugerente mensaje. No son simples jornadas de viaje entre regiones y pueblos; son también itinerarios de aprendizaje, de maduración humana y transformación espiritual.

Es pertinente recordar que el lago es tanto espacio de viaje como escenario de pesca, pero también epicentro de inesperados peligros, como las fuertes corrientes y las tempestades (véase Mc 4,35-41, Mt 8,23-27; Lc 8,22-25). Estos eventos poseen un sustrato histórico que no conviene olvidar. Pero evocan también momentos claves del camino del discípulo. En concreto, las profundas *crisis*, incomprendimientos, dudas y adversidades que los seguidores deberán afrontar durante su itinerario con el Señor.

El mar de Galilea es geografía idónea para concitar los contrastes: zona de trabajo cotidiano, pero ámbito, igualmente, de riesgo que provoca el miedo, porque significa abandonar la tierra firme, es decir, los límites donde podemos controlar, con mayor facilidad, nuestra vida.

3. El misterio de una palabra

En los versículos que centran nuestra atención, la llamada explícita de Jesús a su seguimiento concluye el episodio, tras su predicación a las gentes y su viaje en la barca de Pedro. En su regreso a tierra, estupefacto por cuanto ha contemplado, Cefas escucha la desconcertante invitación: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5,10).

La escena diseñada por Lucas nos ofrece importantes y sugestivas claves de lectura y reflexión. Quisiera poner de relieve un dato que estimo de gran importancia. Desde una lectura integral de las páginas sagradas, la llamada, siendo narrada en los capítulos primeros de los evangelios, no es sólo evento puntual, circunscrito al período inaugural del ministerio del Salvador. Mas bien se revela como una *experiencia dinámica y progresiva*, que jalona todo el período de convivencia junto al Maestro. La experiencia de vida y misión, las andaduras a pie y las travesías en barca, suscitan una creciente *atracción* de su figura y articulan una *invitación* permanente e insistente al seguimiento.

La apelación de Jesús, “Remar mar adentro”, no es el imperativo de una orden, pues no anula la libertad de quien escucha. No obstante, es la voz del que habla con una “autoridad” tan misteriosa como impetuosa. Una palabra que penetra el corazón y sobrevienen cosas insospechadas. Donde acontece lo improbable o lo imposible: «...hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada...» (Lc 5,5). Todo fluye de este manantial, de esta figura atrayente y de esta palabra que impele a la confianza: «...*por tu palabra*, echaré las redes».

Aquellos rudos galileos irán descubriendo que, en Jesús, *su vida es su mensaje*. El mensaje es el Mensajero. El Caminante es el Camino. La figura es la Palabra. Y su palabra es voz que resuena como un eco a lo largo del sendero. Efectivamente, afrontando la aventura misionera con él entre



las páginas del evangelio, el lector advierte una “vocación” inicial y diversas “llamadas” progresivas, acontecidas en distintas etapas del seguimiento.

Por esta razón, considero pertinente hablar de una “pedagogía” de la llamada, prolongando el lenguaje figurado del camino. Aplico el concepto tanto a la invitación como a la respuesta del convocado. Este proceso, paulatino y dinámico, ilumina la experiencia formativa fundamental de todo discípulo; del lector del texto sagrado.

4. Pedagogía de la llamada

Detengámonos un instante en cuanto hemos denominado “distintas llamadas progresivas en una vocación inicial”. La exhortación primera del Señor a su seguimiento implica una interpelación tan personal como apremiante, ante la que el hombre es libre de aceptar, pero no puede dilatar la respuesta: «Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron» (Lc 5,11). Tal vocación exige situar, en el primer lugar de la propia existencia, la voluntad de Dios y su reino: «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás vale para el reino de Dios» (Lc 9,62).

Desde el principio, implica un abandono inmediato y total de la familia, el trabajo y cualquier otro interés, ocupación o proyecto de vida de cualquier índole. Un cambio radical y permanente de la vida. Por este motivo, sólo algunos acogen positivamente el desafío de iniciar esta aventura de camino con Jesús.

No obstante, el maravilloso misterio de la vocación no reside en la exigencia; el punto de relieve no es lo que se deja, *sino aquello que se encuentra*. «El reino de Dios se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo» (Mt, 13,44).

¿Qué vieron en Jesús estas personas para asumir un cambio de vida tan drástico, abandonando (y arriesgando) todo para seguir al Profeta de Galilea? Alguien que irradiaba una luz más intensa que cualquier otro brillo o reflejo de la vida ordinaria. Una figura que desvelaba la imagen de un Dios irresistiblemente atrayente, sin dejar de ser desconcertante.

Ahora bien, tampoco podemos ocultar que, a medida que pasa el tiempo, tanto la persona de Jesús como el contenido y el alcance de su mensaje afrontan, cada vez con mayor frecuencia e intensidad, la incomprensión y el rechazo de diversos grupos sociales. También entre sus discípulos surgen incomprensiones y dudas ante la radicalidad del evangelio vivido y proclamado. Advertimos una seria reformulación y un agudo replanteamiento de las condiciones necesarias para seguir al Maestro. En cierto momento, Jesús afirma con firmeza: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (véase Mc 8,34-35).

Cuando se aproxima el culmen de su misión, los discípulos van descubriendo que seguir a Jesús implica el riesgo de no ser comprendidos, de ser rechazados, e incluso de perder la vida violentamente. En cierto momento del camino, sus seguidores podían afirmar sin dudar: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mc 10,28). Pero sólo más tarde, cuando en el horizonte de su itinerario se ciernen las oscuras nubes del prendimiento y de la condena a muerte del Maestro, empezarán a comprender, de otra forma, la expresión “lo hemos dejado todo”. Remar mar adentro supone afrontar los temporales y el fragor de las olas que golpean la barca.



El desafío estriba en descubrir que la luz de la figura y la Palabra de Jesús brilla con más intensidad cuanto más oscuro se torna el panorama. Sólo de unas redes vacías podrá darse el prodigio de una pesca sobreabundante.

5. Lo que no cuenta el relato

Lo que no cuenta el relato son las horas de esfuerzo y de trabajo que supone volver a encarar las olas para remar, nuevamente, mar adentro. El sudor y la fatiga de golpear el agua con los remos, con brazos ya cansados, confiando sólo en la palabra de una persona apenas conocida. Alzar la mirada y mirar el rostro de un hombre que contempla el sol naciente, sin hablar durante el trayecto, hasta dar escuetas y precisas directrices: «Echad ahora vuestras redes». Es su *presencia* lo que lo llena todo.

Basta dialogar con las hermanas de mayor edad, cargadas de experiencias misioneras y servicios entre las gentes, en circunstancias difíciles y condiciones adversas, para sopesar el calado y la intensidad de estos detalles no relatados. Nuestras crónicas congregacionales llenan páginas de fundaciones, plataformas pastorales, proyectos y frutos misioneros. Pero ¿dónde están escritas las horas de incertidumbre, de duda, de cansancios, de esfuerzos aparentemente estériles, de horas de vela interminable, de programaciones que han caído en el olvido? Y, sin embargo, *con él* todo dará su fruto. Basta alzar la mirada y contemplar cómo la luz del sol, recién amanecido, se refleja en sus ojos, con la vista fija en el horizonte.

El carácter dinámico y pedagógico de la vocación se advierte también en esta dimensión de gran relieve. Dios va *desvelando paulatinamente* su voluntad a la persona llamada, y el individuo va conociendo y *comprendiendo progresivamente* la voluntad de Dios en su vida. La vocación es un germen o semilla, que va despuntando a lo largo del itinerario existencial del convocado.

En ocasiones Jesús nos preguntará: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros?» (Jn 13,12). Otras veces nos formulará un reproche: «¿También vosotros seguís sin entender? ¿No comprendéis?» (Mc 7,13). «¿Tenéis el corazón embotado?» (Mc 8,18). Y en otros momentos nos reconfortará diciendo: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde» (Jn 13,7).

Se advierte en esta apasionante experiencia un fenómeno singular: en la llamada primera está como encerrado el sentido y contenido íntegro de la misión que Dios encomienda a la persona. Pero es también un cometido revestido de cierto misterio, una tarea que se desvela, se comprende y se asume sólo lentamente por cada persona, a lo largo de la vida. Así aconteció con las primeras mujeres y hombres que lo siguieron, y así continúa sucediendo en nosotros.

Acoger la vocación significa que el individuo recibe una luz intensa, que le presenta su identidad ante Dios, y le esclarece su misión. Pero, de manera concomitante, siempre habrá, en el desenvolvimiento de la vocación, ámbitos de penumbra y oscuridad. Momentos donde la persona es impelida a confiar en Dios y recibir la gracia en actitud de confianza y esperanza. Evoquemos cuanto sucede ya con María y José: «Pero ellos no comprendieron lo que les dijo (...) Su madre (sin embargo) conservaba todo esto en su corazón» (véase Lc 2,50.51). La gracia ofrece claves de interpretación y una fuerza especial para hacer frente a los eventos que se van presentando en la vida. Pero es igualmente cierto que las circunstancias, los sucesos y los encuentros que se van desgranando a lo largo de la existencia, esclarecen el sentido profundo de la propia vocación.



Para advertir este singular fenómeno, es necesario el silencio de la contemplación. Afrontar un éxodo hacia el interior.

6. Éxodo hacia el interior

“Remar mar adentro” nos hace descubrir que las palabras de Jesús nacen del silencio y llevan al silencio. Acoger la invitación en Genesaret implica un “éxodo” hacia el interior de nosotros mismos, de la que germina después una salida hacia las necesidades y los sufrimientos del prójimo.

Quienes siguen de cerca al Señor descubren, con asombro, que la integridad de su ministerio nace de la soledad y la quietud: «Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar» (Mc 1,35). Su gesto no es aislamiento. No ha de ser interpretado como un intento de escapar de la multitud, o un deseo de abandonar, siquiera esporádicamente, su actividad entre los discípulos y el pueblo. Por el contrario, Jesús retorna con renovado ímpetu a su misión entre las gentes, como se indica explícitamente en el texto: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí...» (Mc 1,38). Ambas dimensiones son, en él, inseparables y conforman una profunda sinergia.

Cuando contemplamos la vida itinerante que Jesús de Nazaret adopta durante su ministerio público, descubrimos, por una parte, una opción fundamental de doble vertiente: por un lado, una incursión, valiente y decidida, hacia los márgenes humanos y sociales de su tiempo. Pero, al mismo tiempo, un extraordinario peregrinaje introspectivo, que es ámbito de escucha y diálogo con el Padre. Ambos aspectos están profundamente enhebrados, y conforman su enseñanza: «Tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto...» (Mt 6,6).

Los pasos del Señor no atraviesan sólo los márgenes sociales de sus congéneres, donde se acinan miserables y abandonados; sus huellas conducen a los suburbios del egoísmo, la injusticia, los prejuicios y las intransigencias que las provocan. Pues los muros de separación e incompreensión entre los hombres hunden sus raíces en la propia mente humana. Cambiar las estructuras colectivas implica, previamente, una profunda transformación de los corazones, pues «lo que sale de la boca brota del corazón; y esto es lo que hace impuro al hombre» (Mt 15,18).

En Jesús, la oración individual, en *silencio, quietud y soledad*, se entrelaza íntimamente con la acción misionera entre las multitudes. Los evangelios nos describen una misteriosa conexión entre su oración y sus obras, entre su palabra y su contemplación. La plegaria silenciosa es la fuente de la que manan sus enseñanzas y sus gestos. De forma concomitante, su acción le impulsa a buscar momentos de serenidad y sosiego en los que orar en total calma.

Pues si es cierto que la oración no es en Jesús una forma de evasión, es también cierto que le ayuda a marcar las distancias y atemperar cuanto su actividad iba suscitando en medio de las gentes. Su meditación es lugar íntimo y sagrado donde escuchar la voz del Padre: «...todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15).



7. De la carencia a la abundancia

En el relato de Lucas, Jesús encuentra a pescadores frustrados y descorazonados, tras una larga noche de trabajo infructuoso. Pero acoger la invitación del Maestro les llevará a ser testigos de «una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse» (Lc 5,6). Junto a Jesús, el vacío y la carencia se transforman en sobreabundancia.

Todos nosotros buscamos en la vida la seguridad, anhelamos la estabilidad. En los espacios cotidianos de la familia, la comunidad, el trabajo o la misión. Nuestro vocabulario es pródigo en este afán de control y cálculo, que nos otorga tranquilidad y nos proporciona serenidad. Advirtamos los prefijos: necesitamos prever, programar, proyectar, prevenir, prefijar. El trabajo de aquellos pescadores, como el nuestro, está siempre revestido de *expectativas* y *propósitos*. Algo necesario y positivo, pero no siempre suficiente. Y, si toma la primacía, contraproducente: «...no os agobiéis por el mañana...» (véase Mt 7,19-34).

Bregar con Jesús entre las olas implica fiarse de su palabra y confiar en la gracia que emana de su presencia. Pues «el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). La travesía por el mar de Galilea es un pasaje, de las puras expectativas humanas, a la esperanza que se funda en la comunión con Jesús. Este es el espacio donde actúa el Espíritu. Y es un espacio que trasciende, muchas veces, los límites de las facultades intelectivas, los cálculos, los razonamientos y las previsiones.

Conviene insistir en el dato subrayado en apartados anteriores: en nuestro texto no encontramos sólo un inicio, sino también vislumbramos un proceso; no es sólo raíz, sino también germen del camino del discípulo. No es mera crónica de los orígenes de la misión del Salvador, sino clave de comprensión de cuanto está por acontecer a lo largo de su existencia terrena. Es necesario atravesar con ponderación este pórtico narrativo, para percibir su importancia y estar abiertos a la profundidad de su revelación.

Esta experiencia de contraste, entre la carencia y la abundancia, la percibimos también en otros momentos, que nos pueden iluminar. Quizás uno de los más significativos sea el episodio de la multiplicación de los panes. La escena aparece narrada en los cuatro evangelios, y en ocasiones viene relatada dos veces (véase, por ejemplo, Mc 6,30-44 y Mc 8,1-10). Lo cual nos está indicando la importancia que tiene en la vida y en el mensaje del profeta de Galilea. También entonces Jesús les pide algo que parece imposible: «Dadle vosotros de comer» (Mc 6,37).

Es una sentencia misteriosa y paradójica. Como si Jesús insinuara que lo que la mente y la razón ven como algo imposible, no lo sea para los ojos que contemplan las cosas a la luz de la gracia. Esta confianza nace, precisamente, del *silencio contemplativo*: «En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn 14,12-13). «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará» (Jn 15,7).

La lógica constata que el alimento no alcanza para todos, como tampoco es razonable volver a bregar en alta mar después de horas de labor estéril. Pero la fe es siempre una puerta abierta a la esperanza. La acción de la gracia, combinada con la generosidad, es siempre sorprendente y se abre, finalmente, a la comunión: «Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano» (Lc 5,7).

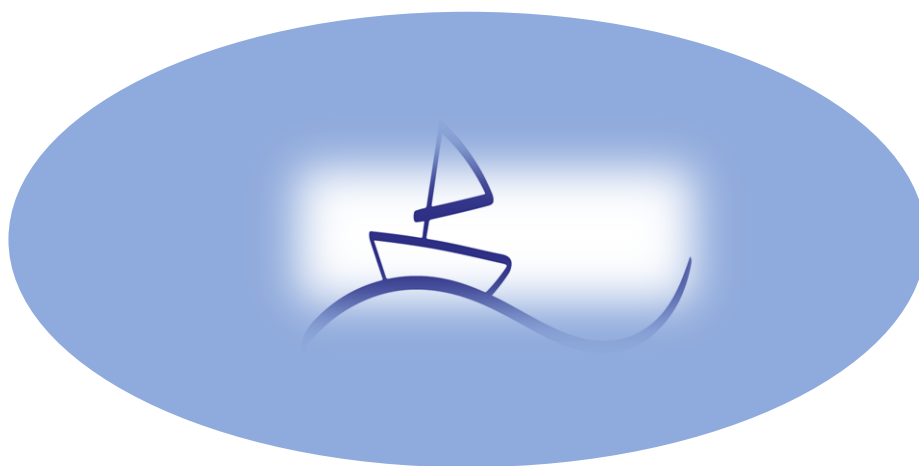


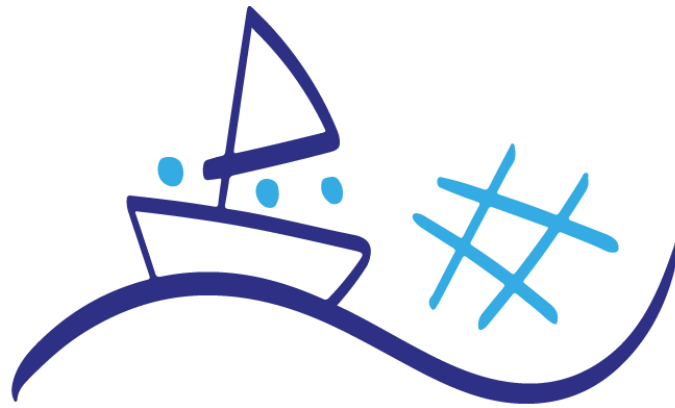
Jesús les exhorta a dejarse llevar por el corazón, iluminado por el resplandor de la fe que brota de nuestro interior. Es lo mismo que hacer espacio en él, agrandarlo, para que, frente a los rigurosos mandatos de la pura razón, sepan trascenderla y abran las puertas a la acción del Espíritu que actúa en nosotros, y es fruto de su inhabitación en nuestra alma: «cuánto más el Padre dará el Espíritu Santo a los que se lo piden...» (véase Lc 11,5-13).

En la divina humanidad de Jesús, la paradoja es el lenguaje que nos abre al evangelio, con su maravillosa carga de estupor y desconcierto. No es acaso una espléndida paradoja afirmar: «...quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8,35). O bien: «Mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (Mt 11,30).

Ya lo advirtió el predicar de Galilea al inicio de su predicación: «*Convertíos* (cambiad la forma de pensar, cambiad el corazón) y creed en el Evangelio» (Mc 1,15). En Jesús se hermanan los contrarios. Lo que estaba dividido y separado alcanza la unidad. Nuestras facultades intelectivas separan la carencia de la abundancia; en el ámbito de la fe, abrazar la carencia, el límite, el vacío, te conduce a la abundancia. La paradoja evangélica muestra su verdad, no en la esfera de la mente racional, sino en la pura presencia de lo real, donde Dios está presente y actúa “desde lo secreto”.

Paradójicamente, pues, los viajes a lugares lejanos, las travesías hacia otras orillas, dejando atrás la seguridad del propio hogar, nos pueden revelar realidades del reino de Dios ocultas en aquello que nos es más próximo y cercano: nosotros mismos. Y lo que acontece en el interior, si es genuino y procede de Dios, irradia siempre hacia el exterior.





mar adentro echamos las redes

CAMINO CONGREGACIONAL · MISIONERAS CLARETIANAS

*Pautas para la lectura contemplativa
del texto: Lc 5, 1-11*





Pautas para la lectura contemplativa: “Mar adentro”

Queridas hermanas:

Os invito a llevar a cabo una *lectura contemplativa* de Lc 5,1-11.

Entiendo por “lectura contemplativa” experimentar cuanto viene afirmado bellamente en el Catecismo de la Iglesia Católica: «Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros» (nº 521).

Recordemos aquello que afirma el Vaticano II: «La sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla *con el mismo Espíritu con que se escribió*» (*Dei Verbum* nº 12).

La lectura contemplativa evoca esta gran promesa de Jesús: «El que me ama *guardará mi palabra*, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y *haremos morada en él*» (Jn 14,19-23). La frase es una puerta abierta a entrar en comunión con el Maestro. A través de la escucha y la custodia de su palabra en nuestro interior.

Me permito, con este propósito, delinear algunas pautas sencillas que puedan iluminar y orientar esta tarea.

En primer lugar, propongo una **lectura personal, pausada y atenta, de la escena relatada por el evangelista Lucas. Sería oportuno leer estos versículos todos los días, por ejemplo, a lo largo de una semana.**

En el material que os ha sido entregado, he procurado ofrecer algunas claves de lectura que puedan ayudaros a una aproximación provechosa del texto, entrando en algunos aspectos importantes de su contenido y de su mensaje. Estas reflexiones están centradas en una expresión de Jesús, las cuales han inspirado el título del material: «*Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca*» (Lc 5,4).

Los comentarios han sido articulados en torno a la *vocación o llamada personal* que Jesús nos dirige a todos nosotros, como personas consagradas. De hecho, como sabemos, la escena evoca las primeras llamadas al seguimiento que el Señor dirige a un grupo de pescadores.

En cualquier caso, nuestra intención no es abundar en reflexiones sobre este episodio, sino experimentar que el evangelio se hace presente y actual en nosotros. Esto es lo característico y propio de la lectura contemplativa: como en el pasado hizo con sus primeros discípulos, el Señor *nos sigue invitando ahora*, a cada uno de nosotros, a vivir con él y como él.

Por esta razón, me permito añadir una indicación o premisa a la primera de las propuestas formuladas: antes incluso de tomar en nuestras manos el evangelio, y proceder a la lectura del pasaje, podemos **dedicar un tiempo, suficientemente dilatado, al recogimiento en soledad, silencio y quietud. Introducirnos en un espacio de calma y serenidad, para tomar conciencia de la presencia del Espíritu en nuestro interior.** Aquel que nos abre las puertas a la sabiduría, honda y genuina, de cada texto: «Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras» (Lc 24,45).



A lo largo de estos días, desde el ámbito del silencio, dejemos que la escena vaya calando, poco a poco, en nuestra mente y en nuestro corazón. **En este proceso, tratemos de escuchar y acoger cuanto la voz del Espíritu pueda ir suscitando en nuestro interior, a partir de la contemplación del evangelio.** El Espíritu nos hará escuchar la invitación de Jesús como dirigida a nosotros en el momento presente.

Solicitemos la gracia de entrar en comunión con el Maestro que nos dice personalmente: «Remar mar adentro...», en mi compañía. Pregúntate qué resonancia tiene esta invitación en el momento actual de tu vida. Permite que esta sentencia resuene en tu persona incesantemente, con toda su fuerza y su luz, a lo largo de cada día.

Es práctica oportuna y recomendable **repetir en nuestro interior esta u otra frase del evangelio, o incluso una sola palabra del texto, como un maravilloso eco en lo hondo de nuestra consciencia.** Siguiendo así el ejemplo de los padres y las madres del desierto: rumiando en el corazón términos o expresiones de la Palabra inspirada, hasta que desvelan, sigilosamente, su mensaje, y desprenden su fuerza de transformación.

Transitemos, guiados por la gracia, del esfuerzo y de las facultades intelectivas a una simple y pura disposición de escucha, de receptividad, de acogida humilde y confiada. Pues del silencio, alimentado por la Palabra, brota una gracia y una sabiduría que ilumina y moldea misteriosamente nuestra persona y nuestra existencia.

En un segundo momento, considero que sería realmente enriquecedor **entablar un diálogo con una hermana, sobre todo aquello que haya podido suscitar el Espíritu en tu interior.** También puede **abrirse un diálogo o conversación en comunidad o en grupo.** Quizás aprovechando un día de retiro, una celebración comunitaria u otro momento. De esta forma, la lectura contemplativa personal dará también frutos de encuentro y de comunión.

Recordemos que la temática central es la relativa a la vocación o llamada. **¿Qué resonancia tiene, en este momento de tu vida como misionera claretiana, la apelación del Maestro a “remar mar adentro”, y volver a “echar las redes”?**

Os invito a entrar, con humildad y confianza, con Jesús, en el océano de nuestro silencio, para acoger allí su Palabra, y recibir allí el don de encarnarla en nuestras vidas.

